



COLOMBIA, VISIÓN PROSPECTIVA

RAFAEL ECHEVERRI

Administrador de Empresas. Director de la
Misión Rural del Instituto Interamericano de
Cooperación de la Agricultura, IICA.

*Disertación en los "Martes del Planetario", Primer Semestre de 2000,
evento organizado por la Sociedad Geográfica de Colombia*

El país tiene afán de pensar, de reflexionar, de tratar de imaginar e idear soluciones a tantos problemas que dan la imagen de que se cierran las posibilidades de futuro para Colombia. Lo que quiero compartir, nace de esfuerzos colectivos para buscar aproximaciones al problema nacional, particularmente de un ejercicio que tuvo una gran participación: realizado entre 1997 y 1998, abrió un debate académico y participativo, para mirar el desarrollo rural en forma integral, superando esa tendencia colombiana de asimilar lo rural con lo agropecuario. Se realizó en La Misión Rural de Colombia.

El debate, a lo largo y ancho del país, aportó elementos que se han tratado de estructurar en una visión comprensiva del problema nacional. En esta oportunidad, trataré de sacar algunas conclusiones de ese trabajo que se dio en forma paralela con otros procesos.

La situación nacional tiene sus paradojas. Una de ellas, es el activismo de la llamada sociedad civil que en los últimos años ha desplegado una actividad, sin antecedentes en Colombia. ¿Qué tanto de eso se canaliza en resultados? Habrá que establecerlo porque existen procesos concurrentes de los cuales se alimenta una actividad que se viene dando en distintos escenarios.

Otros resultados surgen a partir de las distintas discusiones: el problema financiero, el problema de la industria, el problema del modelo de desarrollo. Ha llegado un momento en el cual la política aparece en el corazón de toda esta problemática nacional. Hoy, con el auspicio de la Escuela Superior de Administración Pública, ESAP, venimos adelantando una misión sobre la política en Colombia, enfocada como ejercicio del poder, del manejo de lo público, del tema de la democracia, de la ciudadanía, de las ideas y de los procesos.

Al igual que la Misión Rural, es un ejercicio de orden académico y de alta participación. En todo el país hay foros, seminarios, grupos de trabajo en una discusión renovada, con una visión un poco distinta de lo que es la preocupación política en términos de estructura y partidos; es una visión mucho más amplia de lo que es la política en Colombia. De estos procesos existen elementos que vale la pena discutir, por ejemplo, es importante tener una visión amplia sobre el futuro de Colombia. Cuando nos preguntamos

qué país queremos, hablamos de reforma y de cambio, estos elementos han constituido una clave, tanto de la acción política como de la acción académica. Nos hemos especializado en ser el país del cambio.

La permanencia y la pertinencia casi eterna de la palabra "cambio", tal vez demuestra nuestra gran incapacidad para hacerlo. No somos reformistas, mucho menos revolucionarios; no lo hemos sido, a pesar de hacer cosas tan audaces como llamar un plan de desarrollo, a principios de los 90, "La revolución pacífica", el siguiente "El salto social", o al actual "El cambio por la paz". Esto denota que Colombia no está satisfecha con lo que es y razones tiene de sobra.

Al respecto, surgen una serie de preguntas: ¿Cambio para qué?, ¿Qué país queremos?, ¿Qué tipo de sociedad deseamos? ¿Cómo superar aspectos dramáticos? Cuando se le pregunta, por ejemplo, a la comunidad con qué sueña, ella responde que no los maten, que no los secuestren, no seguir muriendo de hambre, todo lo cual denota una gran incapacidad de ver a largo plazo lo que puede ser la sociedad colombiana y el país.

Un país que no tiene visión, es un país que carece de caminos. La inquietud sobre qué país queremos se ha convertido en un elemento esotérico, cuando tenemos que enfrentar problemas cotidianos de magnitud tan grande.

Colombia requiere un proyecto de Nación, para ello existen elementos que permiten construirlo, el primero de todos la capacidad que tengamos de reconocernos en lo que somos y ese, es uno de los que impiden tener esa visión nacional, dado que somos la sociedad más diversa de América Latina en términos de distintos tipos de culturas, tradiciones, organizaciones, cosmovisiones. Además de esa gran diversidad, la construcción de ese país deseado, de ese país que queremos, está fuertemente contaminada por un elemento más grave, la pérdida de la autoestima colectiva.

Debido a los terribles acontecimientos de las últimas décadas, hemos llegado a la pérdida de autoestimas de reconocimiento. Jugamos con conceptos y términos tales como autodenominarnos sociedad mafiosa, sociedad violenta, sociedad desordenada, incumplida, no perseverante, como si hubiera un cierto destino que determinara nuestras condiciones de vida como sociedad.

Esto es muy grave en los escenarios internacionales, particularmente en un mundo en globalización donde nos pusieron un letrero de peligro y tratamos, como podemos, de defendernos de él. El problema no es que nos esculquen en las aduanas, ni que nos traten mal por fuera; el problema es que no tenemos el carácter, ni de dónde agarrarnos para defender la nacionalidad. Eso es fundamental en cualquier visión de futuro que hagamos.

Un país no se construye tratando de complacer a todos. La falta de un proyecto nacional, aparece dentro de la realidad actual colombiana como uno de los grandes vacíos y no hay liderazgo que nos permita formar ese proyecto de Nación. Se va a reformar el Congreso, pero no se sabe para qué. ¿Qué tipo de democracia es la que nosotros estamos tratando de alcanzar? Si la expectativa es que la política no sea corrupta estamos realmente muy mal porque se esperaría que un proyecto de reforma política condujera a metas mucho más amplias que se acerque en algo a la capacidad que tiene el país de lo que puede ser y lograr.

Trabajar el proyecto de Nación, es fundamental. ¿Cómo se elabora este proyecto? No es un problema técnico, ni de mapas, ni de economistas que nos digan en qué somos competitivos. El proceso de formular un proyecto de Nación implica un trabajo colectivo, de concertación, de reconocimiento, de respeto por el otro, de aceptar la diferencia, de entender que somos una sociedad diversa, que existen diferencias en la visión, en el pensamiento, en las acciones, en las metas y en los propósitos.

Cuando se hace un análisis en las distintas áreas, industria, desarrollo urbano, desarrollo rural, agricultura, se encuentra que la sociedad colombiana ha perdido su capacidad de organización, de gestión y de gobernabilidad, nuestra institucionalidad tiene serios problemas, enfermedades mortales, casi terminales, de legitimidad y confianza en ella. Los colombianos ya no creemos en nada, no creemos ni en Cristo ni en Pilatos; no creemos en el policía, ni en el cura; no creemos en el funcionario, no creemos en el guerrillero, o en el paramilitar, no creemos en el Salvador, no creemos en el mártir, no creemos en nada y razones tenemos para no hacerlo. Carecemos de institucionalidad legítima a través de la cual podamos ejercer nuestro derecho, nuestra función y nuestra acción social.

Frente al Congreso, el problema radica en que no podemos darnos el lujo de no creer en él y frente a las Fuerzas Armadas en que son fuerzas legítimas que se han construido a partir de la democracia. El tema de la no gobernabilidad nos ha conducido a una gran incapacidad para enfrentar los problemas que tenemos. La pobreza, por ejemplo, no ha sido posible tocarla para su solución.

La incapacidad para darnos un proyecto de Nación significa que debemos desencadenar, con claridad, un proceso de transición asociado con el concepto de negociar la paz. Lo que verdaderamente requiere la sociedad colombiana es generar las condiciones para que la población pueda progresar y ser feliz y eso, no lo tenemos hoy. Carecemos de los mecanismos para articular los esfuerzos de la sociedad en aras de construir esa posibilidad.

Resulta impresionante ver cómo los colombianos nos movilizamos para arrasar una Constitución centenaria. Hemos movilizado doce millones de personas en un no más que no escucha nadie. "Viva la ciudadanía", "El mandato por la paz", "Redepaz", todo el mundo convoca a la paz y participa, sin conducir a nada. Cambiamos la Constitución, cambiamos el régimen laboral, cambiamos la economía, hemos hecho todo lo que formalmente se puede hacer y no logramos establecer el cambio. La sensación es que vamos de mal en peor, la sensación es de impotencia, de frustración, de desesperanza, las peores aliadas para solucionar los problemas.

El nuestro no es el primer caso de transición, la historia recoge importantes ejemplos. La de Colombia debería ser una transición de cambios profundos, que aún así, no van a solucionar problemas, no van a acabar con la pobreza, ni nos van a volver competitivos y mucho menos felices. El tema de la transición implica identificación de mínimos, no de máximos, ¿Qué es lo mínimo que necesitamos para hacer un cambio en forma democrática, civilizada, tolerante, pacífica? ¿Cómo imaginar nuestro futuro, nuestro sueño, la utopía para reconstruir los tejidos que se requieren para trabajarla? Ese proceso de transición implica modificaciones serias y reales de problemas sustantivos que están puestos sobre la mesa, pero que aún no hemos tocado.

TRANSICIÓN EN LO ECONÓMICO

Para hacer una transición, hay que entender sus elementos centrales. La primera transición es la económica, porque se ha conformado una sociedad que subordina todo a lo económico. Somos una sociedad regida por economistas, por tecno-economistas. En Colombia conceptos como hacienda pública, presupuesto, distribución de recursos, competencias, son definidos con unos modelos complejíssimos que manejan sólo muy avezados economistas, resguardados en el Banco de la República, el Ministerio de Hacienda o Planeación Nacional. Los problemas agrarios por ejemplo, no son del Ministerio de Agricultura, sino del de Hacienda.

El modelo económico es un ropaje del modelo de sociedad. En los años cincuenta, los economistas y tecnócratas resolvieron que la mayor eficiencia estaba en la sustitución de importaciones que desarrollaban la industria nacional, en la urbanización del país, en generar una economía agrícola

comercial y competitiva y en modificar la estructura de la sociedad rural premoderna y atrasada. Esa no fue una discusión de la sociedad colombiana, fue una discusión de técnicos que siguieron el modelo del profesor Lauchin Currie.

Los economistas han sido sabios. Crearon las condiciones macroeconómicas para garantizar la suficiente transferencia de recursos del sector rural hacia el urbano, en términos de intercambio diferenciado, forma en que fluyen los recursos. La industria colombiana se financió con recursos acumulados del sector rural, se estableció como sector líder la construcción, y se le brindó la virtud de asimilar mano de obra no calificada traída del sector rural. De igual manera, se consolidó un sector financiero altamente protegido, si se quiere el más protegido de nuestra economía, que generó grandes ineficiencias en su funcionamiento con la construcción.

Se realizaron toda suerte de estímulos para que la gente se trasladara del campo a la ciudad. Se creó un imaginario colectivo que decía que ser rural era un desastre y que el país iba a ser netamente urbano. Este proceso no se dio sólo en Colombia sino en la mayoría de países de América Latina y produjo lo que hoy tenemos.

Se desarrolló una capacidad industrial como se esperaba, se generaron divisas en ciertos sectores y se hicieron ciudades, ciudades que funcionaron bien en los años setenta cuando Bogotá crecía al 7% anual y asimilaba su marginalidad, pero que luego se agotó porque lo que es artificialmente montado a partir de todos estos esquemas de orden macroeconómico y de orden sectorial, no son sostenibles al infinito. Ahora tenemos ciudades con precariedad y degradación evidentes.

Ese fue el modelo de país que se adoptó, un modelo anti-rural definido por la tecnocracia. Si miramos las instituciones del país, para reiterar el tema económico, vemos que las instituciones con más credibilidad son las de este sector: Banco de la República, Planeación Nacional, Ministerio de Hacienda, Fedesarrollo, facultades de economía, ¿Podemos responder igual por instituciones como las de justicia, salud, educación? Todas son un desastre. Tenemos una institucionalidad asimétrica, con total subordinación a lo económico.

Frente al panorama anterior el tema central es la equidad. En América Latina es lamentable aceptar que el continente más rico del planeta, tiene la sociedad más inequitativa. La pobreza en América Latina no es un problema de recursos como lo es en África; el nuestro es un problema de equidad. Eso está identificado hace mucho tiempo. Si no somos capaces de generar equidad, es decir, que la riqueza se distribuya en forma justa, no se podrá pensar en la posibilidad de construir un país mejor.

Nuestro sistema económico es altamente excluyente y la pobreza es su resultado. La exclusión es inequidad. No podemos solucionar la pobreza como se hace en los Estados Unidos, donde por cada pobre hay nueve que no lo son, entonces la atención es con subsidio. En Colombia, donde por cada no pobre hay mínimo un pobre, no hay forma de que ese no pobre subsidie al pobre. Se trata de generar un proceso económico de inclusión y de equidad estableciendo cómo están distribuidos los activos productivos de la sociedad, cuáles son las reglas de juego del sector económico y cómo funcionan los mercados laborales.

Las reglas del juego deben cambiarse. La propuesta orientada a que nuestra economía se parezca a la de Estados Unidos suena comunista, subversiva y revolucionaria. Aquí nunca se verá una sentencia como la del juez que condena a Bill Gates por monopolio. La plataforma de gobierno de derecho que ganó en España, también resulta revolucionaria porque aquí no queremos tocar las reglas básicas de juego, nos

decimos mentiras. Alcanzar la paz sin tocar intereses es imposible. Hay que entrar en temas como la concentración de la propiedad, las redes de empresas del sector industrial, las redes de empresas en el sector comercial, etc.

Otro aspecto en el proceso de transición, complejo y subversivo, es el concepto del desarrollo sostenible. No es simple tema de conservación y de recursos naturales, sino crítica profunda al modelo económico en que se mueve el mundo globalizado, la economía mundial gira alrededor del consumo acompañado de la destrucción de los recursos.

Un ejemplo de esta situación es Bogotá, donde sólo el 14% de la población tiene carro y aún así, el tráfico es un desastre. Si el 86% restante tuviera carro la ciudad quedaría bloqueada, pero el comercio trabaja para introducir en las personas la necesidad de adquirir un vehículo, así sea un imposible. Un campesino de Boyacá consume 56 veces menos energía y recursos que un ciudadano promedio de los Estados Unidos; el campesino de Boyacá, como el del África, como el de la India, no puede aspirar a tener lo mismo que el de Estados Unidos, modelo ideal de sociedad.

Pensar en el modelo significa buscar alternativas y opciones de transición en los objetivos económicos pues si se dejan sueltos funcionan al servicio de un propósito que es netamente político. En el actual modelo, la política funciona para que la economía opere, aunque el país sea una tragedia. La reflexión sobre el modelo económico y su significado va mucho más allá del papel del Estado.

Si en este momento se realizara una encuesta al común de la gente, seguramente contestaría que su mayor interés es vivir tranquilos, que es sinónimo de ser felices. Deberíamos medir la condición de vida por la felicidad y no por el consumo como se hace en las tradicionales mediciones de pobreza, entre otras cosas, porque de acuerdo con ese modelo, los que más consumen parece que tampoco son felices, si fueran felices estaría bien. El hecho de que 30 millones de norteamericanos consuman droga o que le otorguen tantos premios Oscar a una película que desbarata el concepto de felicidad gringa, despierta muchos interrogantes: ¿Para qué tanto esfuerzo y sacrificio si ni siquiera son felices? ¿No hay otras formas de felicidad que la economía debe proveer? ¿Ni habrá opciones diferentes a esta locura y frenesí en que nos ha introducido el modelo económico? Esos son elementos básicos que deben discutirse.

TRANSICIÓN EN LO INSTITUCIONAL

La segunda transición es la institucionalidad política. ¿Por qué esta sociedad tiene tantos problemas en su operación, en su gestión, en su desarrollo? Entre otras cosas porque tenemos muchos problemas pero nunca llegamos al fondo. Tenemos crisis económicas, sin saber qué es una crisis económica. El país nunca ha tenido una hiperinflación, desconoce el desabastecimiento en medio de la guerra, presenta los mayores índices de abastecimiento de América aunque padece una terrible violación de derechos y un terror generalizado. Colombia no ha sabido lo que es una guerra de verdad.

Resolver esos grandes problemas requiere una transición en la estructura política colombiana. Cuando miramos a Colombia, reconocemos su riqueza natural que está en peligro. Somos uno de los dos países del planeta que cuentan con sol y agua en el trópico, con una diversidad que nos da grandes ventajas comparativas. Tenemos gente. El colombiano ha demostrado gran capacidad en muchos campos. Tenemos recursos suficientes para sostener una economía grande, la cuarta de América Latina. Contamos con capital social, tradición y cultura; con grupos sociales con más de 10 generaciones de formación; con comunidades con lazos de solidaridad evidentes. Hay acción y participación.

Participamos tanto que una de las cifras de mayor violencia en Colombia es la que se dio en los años 90 cuando fueron asesinados 30 mil líderes cívicos y políticos. Ya quisiera un país como Argentina tener 30

mil líderes, pero no sólo tenerlos sino que, a pesar de que los maten, sigan apareciendo; eso es capital social y eso es capital en términos de nuestro potencial para organizar cosas.

Lo que no tiene el país es capital político. No tenemos la capacidad, ni la estructura, ni las instituciones para asumir lo público. No tenemos el interés colectivo para manejarlo, para estructurar el poder de tal forma que lo público sea realmente público. Hay usurpación tradicional de lo privado sobre lo público. El político ha convertido lo público en su interés privado y lo usurpa; no es lo único, también lo público es usurpado, dentro de la ley; así lo social y lo económico no están al servicio de todos, no obedecen al interés colectivo. Cuando, dentro de la ley, el UPAC exprimió a los colombianos, en forma bien explicada por los economistas, nadie entendió nunca la fórmula, pero si alguien decía que había que tocar el UPAC, le respondían que iba a desbaratar la estabilidad de este país, hasta que a unos señores, que no saben de economía, los magistrados, se les ocurrió tomar el tema y normarlo. Alguien dijo que había que enseñarles economía, lo que generó que algunos sectores afirmaran que se había excedido. El caso de la UPAC es muestra de la utilización de lo público en beneficio de unos pocos y dentro del marco de la ley como sucede con las tierras urbanas y rurales.

La ley colombiana permite especular con el suelo, permite que se construya una vía que sólo beneficie a los propietarios de los terrenos que colindan con ella. Mientras haya incentivo para la especulación, mientras haya incentivo para que alguien gane dinero con el menor esfuerzo, no habrá una estructura social eficiente ni equitativa.

El modelo es tan loco, por eso el tema es subversivo, que la globalización ha inventado un tema nuevo, el de los mercados de derivados financieros, en los cuales ya no solamente alguien se apropia de la riqueza sino que ya no es necesario generar producción para volverse rico. El cuento de los mercados de derivados financieros significa que yo compro hoy algo que va a tener un precio mayor en el futuro. Por ejemplo, los dólares se compran hoy, al precio de hoy y se venden dentro de un mes al precio de dentro de un mes, entonces se juega a que ese precio sea más alto y produzca ganancia líquida. ¿En qué contribuye eso a la sociedad? ¿En qué la enriquece? Alguien produce peras y las vende en futuro, viene un señor y le compra las peras dentro de seis meses, se las paga hoy, el señor que compra juega con que las peras dentro de seis meses valgan más que cuando las compró. El señor que produce peras, produce la riqueza de generar peras, el señor que compra y juega, no produce nada de riqueza y esa es la economía mundial vigente.

Pueden ustedes imaginarse lo que significa que en las bolsas de valores del mundo, se mueve en un día el equivalente al Producto Interno Bruto de Alemania en un año y algunos se vuelven millonarios. En esto unos pierden y otros ganan. Lo importante de la economía hoy no es producir papas, ni yuca, lo importante de la economía mundial está en lo financiero, absolutamente roto el canal con lo que es producción de riqueza.

Repetimos, mientras haya incentivos para que alguien gane dinero sin esfuerzo, el modelo imperante no cambiará y será un pecado en la visión calvinista y luterana del capitalismo donde el cuento es el esfuerzo. Si un empresario se esfuerza y gana, bien; si un trabajador se esfuerza y gana, bien; pero si alguien con cero esfuerzo gana, es mejor. Todos lo hacemos, si nos dan la oportunidad de comprar una tierra por donde sabemos va a pasar una autopista. La compramos barata y dentro de dos años la vendemos cara. Eso no debería ser posible. Necesitamos, dentro del concepto de transición, crear nuevas reglas de juego con las cuales comportamientos como este no sean posibles, y se den incentivos para alcanzar la sociedad que queremos.

El manejo de nuevas reglas exige fortalecer el capital político y posibilitar la ingerencia de la sociedad en las grandes decisiones que tiene el conjunto, el colectivo.

El capital político está constituido por la ciudadanía, elemento básico, donde se localiza la gran crisis nacional. No hay ciudadanía en Colombia. Ciudadano, en todas sus acepciones y en el desarrollo del

concepto significa derechos, deberes y, en la tradición, el concepto de ciudadanía en el mundo está atado a la acción. No se concibe la ciudadanía como algo con lo que se nace. El ciudadano, en teoría, tiene que tener una acción. La formación del ciudadano tiene, en el caso colombiano, implicaciones fuertes, porque hemos considerado que ser ciudadano es ser beneficiario, ser depositario de derechos. En Colombia somos derechoólogos expertos, derechoólogos de lo humanitario, de lo social, de lo económico, de lo político, de todo.

La Constitución colombiana incluye un listado de derechos, pero no señala deberes. No tenemos deberes. Nuestro deber político se limita a votar y la mayoría no vota. Compensamos el deber de votar criticando, moralizando. El ejercicio político llama la atención. Cuando se dice hablar de política, es criticar al Presidente de la República para abajo. Ahí todo el mundo es santo y tiene el derecho de criticar, pero sentido de acción no se tiene.

Hay muchas razones por las cuales en Colombia no existe el sentido de ciudadanía, ese sentido que permite formar capital político, conjunto de ciudadanos activos, concientes de sus deberes y sus derechos. Gandhi decía: "El derecho es aquel que nace del deber bien cumplido." Nosotros reclamamos el derecho a la vida, a la integridad; en teoría. No deberíamos reclamar derechos si no hay posibilidad de defender el derecho a la vida de los otros; es un concepto colectivo donde los ciudadanos somos responsables de las instituciones que tenemos.

El tema de la culpabilidad es difícil de manejar en una sociedad con tales mecanismos de exclusión, donde al que habla lo matan. La solución, sin embargo, parte de que seamos concientes de que tenemos que construir ciudadanía. Esa ciudadanía no se construye con cursos de cívica, sino con pedagogía; pedagogía entendida como proceso de construcción colectiva. No hay nadie que pueda decir cómo son las cosas. El tema de hacer ciudadanos es un tema profundo de psicología social, de cómo hacer pedagogía política que conduzca a formar personas capaces de relacionarse, de asociarse, de crear sociedad, de crear condiciones para realizar un sueño de país y pueda impulsar un proceso de transición.

Este elemento esencial no ha sido tocado. Si miramos las últimas reformas políticas que se han hecho en Colombia, se ve y se entiende porqué ninguna funciona. Y es que se ha hablado y trabajado sobre los partidos políticos, el Congreso, la legislación, pero el tema del ciudadano no se ha tratado.

En síntesis, lo que se requiere para crear capital político es una revolución de la ciudadanía. Los colombianos quieren entrar en eso, pero hay que crear las condiciones para que eso sea una realidad. Ni derechos, ni institucionalidad, ni legitimidad podrán existir mientras la ciudadanía no sea activa y conciente de derechos y deberes.

El proceso de pedagogía política aparece como una prioridad en la transición. Pero hacer ciudadanos no soluciona en forma mágica los problemas, permite la posibilidad de solucionarlos, entre otras cosas porque la transformación tiene que ser mucho más general; no podemos acabar fácilmente con los clientelistas. Cada clientelista cuenta con varias comunidades que lo alimentan, lo sostienen, lo eligen para luego pedirle prebendas.

El tema de la transición política con miras a crear capital político es uno de los elementos centrales, tanto como la transición económica hacia una sociedad equitativa, con oportunidades, eficiente, que aproveche las condiciones que tenemos para una transición política que permita a los colombianos asumir la posibilidad de definir lo fundamental del país.

El equilibrio entre una sociedad económicamente estructurada y una sociedad políticamente activa, es el centro fundamental de la transición que necesita Colombia. Son, adicionalmente, los elementos con los cuales se puede construir una utopía de país, una utopía que tenga el reconocimiento de la sociedad colombiana, que mejore nuestra autoestima, que mejore nuestra confianza y que nos permita construir las instituciones o los mecanismos que requerimos.

El futuro de Colombia, depende de lo que seamos capaces de hacer. La verdad, y esto puede ser un mensaje tan optimista como pesimista, si no somos capaces de coger el toro por los cuernos, aquí el toro nos va a arrastrar. Cada vez más nos damos cuenta de que tenemos menor posibilidad de enfrentar los problemas que tenemos y esto permite lanzar invitación: Soñar desde lo político, con la confianza de que los instrumentos de orden institucional y económico, nos permitan construir la sociedad deseada. Es un punto de referencia que no podemos perder y que tenemos que hacer. En ese proceso de construcción nos tenemos que empeñar.

Soy consciente de la polémica que puede generar esta visión, pero quiero dejarla, en aras de abrir la discusión y el estudio de la cuestión.